



EXCMO. SR. D. JUAN ROFO CARBALLO

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO LXXIV. - SEPTIEMBRE-DICIEMBRE DE 1994. - CUADERNO CCLXIII

Juan Rof Carballo

(1905-1994)

Dolor de amigo y pena de español me hizo sentir la muerte de Juan Rof. De esa pena quiero hablar, en cumplimiento del honroso deber que sobre mí ha recaído. “Aflicción o sentimiento interior grande”, dice de la pena no punitiva nuestro diccionario. Tal como las siento y las veo, expondré las razones de la que como español me ha infligido la pérdida de nuestro compañero.

¿Quién era, qué era Juan Rof? O bien, en términos de Julián Marías: ¿cómo el “quién” de Juan Rof, su persona, se realizó biográficamente en el “qué” de su vida? Y en nuestro caso: ¿cómo la indisoluble, radical unidad del “quién” de Juan Rof se manifestó en los dos campos principales de su fecunda actividad, la medicina y el pensamiento? Porque el oficio de curar y el oficio de pensar —de leer y pensar—, íntimamente trabados entre sí, fueron lo más importante en el qué del hombre Juan Rof, en lo que como hombre fue de por vida. Bien tempranamente lo anunciaba el ensayo *Biología e Espirito*, hoy perdido, que compuso en su Galicia natal a los veinte años, todavía estudiante de Medicina.

Al margen de sus ya abundantes y variadas lectu-

ras juveniles, Rof se formó para ser médico. Estudió Medicina en Santiago y en Barcelona, y como joven médico cumplió de manera arquetípica el deber entonces casi ineludible para acceder a la docencia universitaria: perfeccionar en el extranjero, pensionado por la Junta para Ampliación de Estudios, los saberes adquiridos en España; en su caso, junto a Nóvoa Santos, Pittaluga y Jiménez Díaz. En Viena, en Colonia, en Copenhague, en Berlín y en París aprendió durante varios años mucho de lo que la medicina oficial era en Europa, y a la ardua empresa de enlazar armoniosamente esa medicina oficial con los presupuestos y los resultados de la entonces naciente patología psicósomática dedicará en años ulteriores y hasta su muerte la mayor parte de su vida intelectual.

La obligación de comentar en otra Academia la obra estrictamente médica de Rof me exime de hacerlo en la nuestra. Con el tácito compromiso de mostrar, cuando llegue el caso, la estrecha vinculación que entre el médico y el pensador hubo en su vida y en su producción impresa, a lo que como pensador escribió voy a dedicar mi personal recuerdo de su legado. No sin preguntarme antes con cierta amargura: ¿por qué Juan Rof no llegó a ser titular de una cátedra universitaria? ¿Qué obstáculos privaron a nuestra universidad de tan importante beneficio? Pero este no es lugar para imaginar con amargura lo que Rof pudo ser y no fue, sino cauce para recordar con gratitud lo que el Rof médico y pensador hizo en su vida.

En un lúcido ensayo de autocomprensión, Rof afirma la constante existencia en su vida de tres hondas fidelidades: fidelidad a la empresa de conciliar lo que acerca del mundo y del hombre nos dicen la ciencia y el arte; fidelidad al empeño de valorar la virtud de lo indecible, “la riqueza —estas son sus palabras— de lo que se descubre siempre que algo comienza o se inicia”; fidelidad, en fin, a la voluntad de “recuperar lo desdeñado”, a la metódica valoración de lo que el fre-

cuenta reduccionismo de las doctrinas oficiales excluye o no deja ver; en el caso de la Medicina, el desconocimiento de la vida íntima y de la biografía del enfermo por parte de la patología puramente científico-natural. En relación con el saber médico, su *Patología psicósomática* (1949), que Ortega llamó “volumen catedralicio”, fue el primer testimonio impreso de esas tres íntimas fidelidades. Dos años más tarde, el ensayo *El hombre a prueba* iniciaba la expresión de ellos ante las consecuencias antropológicas de la agobiante vida social de nuestro tiempo. Desde entonces, junto a los libros y artículos de tema preponderantemente médico—*Cerebro interno y mundo emocional* (1952), *Disproteínemias* (1953), *Quirón, el centauro* (1958), *Urdimbre afectiva y enfermedad* (1961), *Medicina y actividad creadora* (1964), *Biología y psicoanálisis* (1972), *Teoría y práctica psicósomática* (1984) y *Terapéutica del hombre* (1988), más docenas y docenas de artículos en varias revistas—, la siguiente serie de volúmenes da cuenta cabal del pensamiento antropológico e histórico-cultural de Rof Carballo: *Entre el silencio y la palabra* (1960), *El futuro del hombre* (1966), *Violencia y ternura* (1967), *Rebelión y futuro* (1970), *Signos del horizonte* (1973), *El hombre como encuentro* (1973), *Fronteras vivas del psicoanálisis* (1975) y *Los duendes del Prado* (1990).

Aunque Rof no fuera pensador sistemático—sólo en dos libros médicos, *Patología psicósomática* y *Biología y psicoanálisis*, trató de serlo— en su obra late una visión sistemática de la vida humana y de su ardua situación en la honda y prolongada crisis histórica de nuestro siglo. En ella pueden ser discernidos los siguientes puntos principales:

- 1.º Aunque penúltimamente cognoscible, la realidad del mundo es radicalmente misteriosa. En consecuencia, sólo mediante la integración de una ciencia capaz de reconocer su propio límite y una actividad artística consciente de su misión iluminadora—o recta-

mente interpretada por una inteligencia sensible al arte— puede acercarse la mente humana a una vislumbre, nada más que a una vislumbre de esa realidad. El hecho científico y la metáfora poética, la verdad de las leyes naturales y el sentido de los mitos, la razón y la intuición, deben complementarse entre sí, y hacia el logro de esa integración ha de esforzarse quien seriamente aspire al conocimiento de lo que en su esencia son las cosas.

Entre los hombres de ciencia, nadie ha sabido decirlo tan explícitamente como el más genial de nuestro siglo: Alberto Einstein. “Lo misterioso —escribió el gran físico— es lo más hermoso que podemos vivir”, y en esa profunda hermosura echa sus raíces la originaria comunidad que él veía entre el hombre de ciencia y el artista; comunidad últimamente consistente en el amor a lo real. Dante entendió como amor la causa del movimiento de los astros, y Newton como gravitación universal, tesis que sólo como consecuencia de un amor intelectual al universo pudo ser descubierta y enunciada. Amor y gravitación universal; dos nombres de una misma realidad últimamente misteriosa. ¿Qué puede decir la mente humana acerca de ella, si se decide a tomar en serio la relación entre el símbolo matemático que expresa la intuición de Newton y el símbolo poético en que consiste la intuición de Dante? *Mutatis mutandis*, esta debe ser la pregunta de toda mente ambiciosa ante el conocimiento de la realidad del cosmos, y esta fue la de Rof ante la realidad de la vida humana.

Pocos con tanta admiración y tanto entusiasmo ante los avances en la exploración científica de esa realidad: neurofisiología del cerebro, endocrinología de la conducta, psicología profunda, etología comparada. Pocos también tan aficionados a la estimación intelectual de la creación artística, tanto poética como pictórica, y a la exégesis antropológica del sentido de los mitos, y muy pocos tan sutiles y profundos en la práctica de ese menester. Desde San Juan de la Cruz hasta

Gottfried Benn, pasando por Rosalía y Rilke, centros de su devoción literaria, casi legión son los poetas a los que Rof consagró su sensibilidad y su hermenéutica. Por otro lado, basta la mención de unos cuantos nombres —Orfeo, Prometeo, Tiresias, Polifemo, Quirón y, por supuesto, Edipo—, para advertir la importancia que concedió a los mitos clásicos, en tanto que expresión imaginativa de cuanto el hombre es o puede ser.

2.º La metódica y complementaria consideración de lo que la ciencia biológica y psicológica y la intuición poética y artística de la realidad del hombre conduce a Rof, por lo pronto, a la recuperación de lo desdiseñado por los que sólo científicamente han sabido o han querido contemplarla. La introducción del sujeto en el conocimiento científico de la materia, conclusión hoy por hoy inapelable de la mecánica cuántica, la reciente teoría del caos, el descubrimiento de las “estructuras disipativas”, y por tanto la edificación de una termodinámica de la actividad vital, le han puesto en la línea de los protagonistas de la novedad cultural que ya es casi tópico llamar “reencantamiento del mundo”.

Con su concepción determinista de los procesos cósmicos y con su utópica confianza en la capacidad de la ciencia natural para el logro de un total conocimiento racional de la entera realidad del cosmos, la instalación del hombre en un mundo enteramente privado de misterio condujo al “desencantamiento” de él que tan oportuna y certeramente denunció Max Weber. Pues bien: una serie de pensadores y científicos de vanguardia —Planck y los pioneros de la física cuántica, Einstein, Prigogine, Briggs o D’Espagnat entre los hombres de ciencia, Kerényi, Eliade y tantos más entre los historiadores de las religiones, y allá en el fondo los filósofos Scheler y Ortega, pioneros en la elaboración de un pensamiento temáticamente “posmoderno”— han puesto en evidencia que el mundo es a la vez cognoscible e indecible, y que a la fruición de conocer lo que de él conocemos y lo que en el futuro de él cono-

camos debe añadirse —en este consiste el recuperado encanto del mundo— la expresión metafórica y artística de una intuición de él distinta y complementaria de la puramente racional. Junto a la ecuación diferencial y la ley física, la metáfora y el símbolo; no para contraponer o yuxtaponer uno y otro resultado de la penetración amorosa de nuestra sensibilidad y nuestra mente en el misterio último de lo real, sino para inventar un modo de expresar nuestra experiencia de la realidad según lo que ella verdaderamente es; por tanto, cuando por razones de método o por tácito reduccionismo doctrinal no la parcelamos.

Como fruto de la amplísima y variada copia de sus lecturas científicas, literarias y filosóficas —estas últimas presididas y orientadas por los nombres de Ortega, Heidegger, Zubiri y Marías—, Rof hace suya y elabora la noción de “realidad velada” propuesta por el físico D’Espagnat. Bajo la “realidad patente” que nos da a conocer la ciencia al uso, en los entes del cosmos hay una “realidad latente”, sólo perceptible por las vías extracientíficas de la metáfora, el relato literario y el mito, en tanto que expresiones objetivadas de ella, y, mente adentro, mediante la experiencia íntima de la meditación trascendental y el ingrediente de nuestra actividad cognoscitiva que Rof llama “dorso del pensamiento”.

Tanto D’Espagnat como Rof —y como C. F. von Weizsäcker y no pocos más— perciben la actual necesidad de una metafísica de la realidad y del ser capaz de dar razón suficiente, nunca razón total y definitiva, de la radical unidad entre uno y otro modo de acceder a la verdad de lo que vemos y de lo que no vemos; pero ninguno de ellos la satisface. Yo me atrevo a pensar que avanzando en la línea de los tres grandes superadores de la fenomenología husserliana, Ortega, Heidegger y Zubiri, los tres, cada uno a su modo, sensibles al misterio de lo real, podría hallarse una res-

puesta a ese indudable menester filosófico de nuestro tiempo. *Ai posteri l'ardua sentenza*.

3.º Fiel, como él mismo dijo, al imperativo de “recuperar lo desdeñado”, Rof ha contribuido al conocimiento del hombre con dos importantes nociones, conexas entre sí y simultáneamente abiertas a la antropología general y a la práctica médica: la doctrina de la “urdimbre afectiva” y la concepción del hombre como encuentro, con su consiguiente extensión a la concepción de la medicina que él llamó “dialógica”.

La importancia de una relación afectivamente favorable entre el lactante y su medio, para el desarrollo normal del organismo, tan evidente en los niños-lobo de Midnapare y tan inequívocamente demostrada en otros casos por una serie de autores (Spitz, Silvia Brody, Sullivan, Bowlby, entre otros), ha sido ampliamente desarrollada y sutilmente profundizado por Rof con su doctrina de la urdimbre afectiva, primero en *Urdimbre afectiva y enfermedad* (1961), luego en otros estudios. No sólo durante los primeros períodos de la vida es biológicamente necesaria para el infante, so pena del advenimiento de una variada gama de trastornos morbosos, la existencia de un regazo maternal o cuasimaternal; una observación clínica atenta permite descubrir en la génesis de algunas enfermedades y de ciertas aberraciones psíquicas del joven y el adulto, como momento predisponente o coadyuvante, lo que bien podríamos llamar “déficit de madre”. La reciente tesis doctoral de una psicóloga colombiana así lo ha hecho ver, en el caso de los jóvenes integrantes de las bandas delictivas que tanto perturban la vida social de su país. En modo alguno es hipérbole amistosa afirmar que en la bibliografía universal no existe un estudio de este aspecto de la convivencia tan profundo y acabado como el que nos ha legado Rof.

En estrecha relación con él se halla su propuesta de una concepción dialógica de la medicina y su idea de entender como “encuentro” la realidad del hombre.

Tres preciosos versos de Jorge Guillén y otros tantos de Antonio Machado podrían presidir este amplio fragmento de la obra de Rof. Más metafísicos, los de Guillén:

*Con la luz, con el aire, con los seres,
vivir es convivir en compañía.
Placer, dolor: yo soy porque tú eres.*

Más afectivos, los de Antonio Machado:

*Prestad atención:
un corazón solitario
no es un corazón.*

Sentir humanamente es con-sentir; vivir humanamente es con-vivir. Existencia es co-existencia, viene diciéndose en los más distintos idiomas desde hace varias décadas. Pero el hombre de ciencia, y más si es médico, no puede conformarse con un desarrollo ontológico de esta afirmación; debe mostrar su realidad factual estudiando psicológica, sociológica y neurofisiológicamente un doble hecho; la urdimbre afectiva y la siempre deseable y no siempre lograda relación dialógica entre el médico y el enfermo. Rof ha sido médico, lector y pensador, y como tal ha sabido utilizar su amplísimo y puntual conocimiento de las más recientes conquistas de la neurofisiología para hacer de ellas el fundamento científico de una teoría del psiquismo y de la convivencia que formalmente los asume y trasciende. Léase su temprano libro *Cerebro interno y mundo emocional*, y se descubrirá con admiración y provecho cómo los tan importantes y copiosos trabajos acerca de la función de ese cerebro interno, hoy más frecuente llamado sistema límbico, son rectamente empleados en la elaboración de una teoría a la vez psicológica y sociológica de la emoción y la convivencia. Véase con atención el contenido de *Urdimbre afectiva y enfermedad* y el de los estudios que ulteriormente lo han completado, y se verá cómo dos de las más recién-

tes y más revolucionarias novedades en el conocimiento morfológico y funcional del cerebro —su sorprendente plasticidad y el descubrimiento de la diferente y complementaria función de los dos hemisferios cerebrales, el dominante y el no dominante, en la jerga neurobiológica— dan lugar, estudiadas e interpretadas por Rof, a una sugestiva ampliación del saber antropológico, a una penetrante visión de la situación histórica de la humanidad en la segunda mitad del siglo xx y a la tenue, pero bien fundada esperanza respecto a lo que el hombre puede y debe hacer para reencantar el mundo y ser cabalmente hombre.

No puedo mostrar cómo Rof, desde que con la publicación de *Patología psicosomática* y *El hombre a prueba* alcanzó su plena madurez intelectual, ha ido ampliando su idea del hombre y del mundo. Pero si es cierto que, como decían los antiguos, tan sólo por la uña puede saberse lo que es el león, acaso no sea inoportuna una ojeada a *Los duendes del Prado*, último de sus libros, para dar término adecuado a esta rápida exposición de su obra de pensador y ensayista.

A petición de Federico Sopeña, entonces director del Museo del Prado, di hace años una conferencia titulada “La experiencia de la pintura”. Al término de ella me situaba imaginativamente en el interior de nuestro impar museo, y me preguntaba: “¿Con qué designio contemplaremos sus tesoros? ¿Para ver cómo en ellos hay formas que vuelan, como las del Greco, y formas que pesan, como las de Poussin, conforme a lo que el maestro D’Ors nos enseñó? ¿Para admirar la genialidad serena de Velázquez y la hirviente genialidad de Goya? Seductor programa. Pero ¿por qué no, a la vez, para descubrir cómo sus cuadros son unas veces ventanas, otras espejos, siempre centros de estimulación vital y, en algunos casos, agentes de transfiguración? Porque, a mi modo de ver esos son los principales caminos por los que la experiencia de la pintura eleva el nivel y mejora la calidad de la vida humana.”

Pues bien: Rof me ha hecho ver que la contemplación de un cuadro sólo llega a ser lo que debe ser cuando la ilumina un especialísimo duende, tesis harto más sugestiva que la doctoral reflexión que acabo de mencionar. Lo cual exige saber con cierta precisión lo que es un duende.

Dos modos hay de entender lo que un duende es: el pesimista del padre Fuentelapeña en su increíble libro *El ente dilucidado* y la optimista de Goya. Influido, sin duda, por la definición del susodicho fraile, dice nuestro diccionario: “Duende: espíritu que el vulgo cree que habita en algunas casas y que travesea —trasteador, le llama el fraile—, inquietando a sus moradores y haciendo por la noche ruido y trastornos.” No es esta la opinión de Goya: “Los duendecicos —escribe en uno de sus dibujos— son la gente más hacendosa y servicial que pueda hallarse. Como la criada los tenga contentos, espuman la olla, cuecen la verdura, friegan, barren y acallan al niño.”

Los duendes que tanto han ayudado a Rof para la composición de su libro pertenecen sin duda al benéfico linaje de los goyescos, pero en un nivel muy superior al puramente doméstico y culinario. Son, se nos dice, “duendes luminosos”. Bien podría llamárseles archiduendes, ya que arcángeles, archiángeles, llamamos a los que tanto se elevan sobre los ángeles de andar por casa. Y puesto que nuestro prosaico racionalismo no nos permite creer en duendes, por fuerza hemos de concluir que estos tan iluminadores y sabihondos de Rof no son sino criaturas suyas para dar apariencia dialógica a sus extraordinarias dotes de veedor sensible, erudito y reflexivo.

Dos motivos principales se aúnan en la estructura de los ensayos del Rof pensador: uno tocante a su condición de lector y relativo el otro a su actitud ante la historia y la cultura de nuestro siglo.

Miro en torno a mí, y me pregunto si existen en Europa tres hombres que para saber y pensar sean

equiparables al Rof lector. Ante cualquier libro suyo siempre me han pasmado la cantidad, la variedad y la calidad de las lecturas subyacentes a su confección. En un tiempo en que no existen astros intelectuales de primera magnitud —la de Bergson, Husserl y Heidegger, la de Unamuno, Ortega y Zubiri, la de Planck, Einstein y Heisenberg—, pero en el que tanto abundan los talentos agudos e inventivos, bien puede decirse que Rof pensaba y escribía desde su personal recepción de lo más significativo en el mapa intelectual y literario del mundo en que vivimos. Pronto podrá comprobarlo el lector de cualquiera de sus libros. Y descubrirá por añadidura que su autor supo transfigurar *pro domo sua* la sustancia de lo que lee desde una sensibilidad decisivamente motivada por su también personal visión de la situación histórica en que la tocó vivir.

Los españoles de su edad y la mía hemos envejecido a lo largo de una etapa de la historia en la cual ha llegado a extremos acaso no superables el menosprecio de la existencia y la dignidad del ser humano: campos de concentración, cámaras de gas, intentos de genocidio, aniquilación del adversario mediante la muerte o el silencio. Con alguna, aunque no entera razón se ha dicho que después de Auschwitz ya no es posible creer en la existencia de Dios ni en la condición moral del hombre. No ha sido así en el caso de Rof. A lo largo de todas esas tremendas vicisitudes, nuestro compañero perteneció al grupo de los hombres que han sabido trasladar al plano de la vida secular lo que respecto de la vida religiosa propuso San Pablo a todos los cristianos: vivir en esperanza, aunque al parecer haya que hacerlo contra toda esperanza, esperar *in spe contra spem*.

Que esa osada esperanza secular va teniendo alguna razón, muy bien lo demuestra, en el orden intelectual de la vida, ese “reencantamiento del mundo” de que antes hablé. Pese a la concepción de la entropía que propuso Clausius y a los horrores de Auschwitz, es po-

sible vivir humana e históricamente *in spe contra spem*, y este fue el caso del incansable lector y sutil pensador Juan Rof.

En su caso —apurando las cosas, en el de todos los así esperanzados— tal esperanza tiene su fundamento en un hondo y lúcido amor a la realidad del hombre, con sus luces y sus sombras, con su violencia y su ternura, con su crueldad y su abnegación, y en ella a la realidad a secas. Sólo por el amor se entra en la verdad, escribió San Agustín y ha escrito Einstein. Rof transcribe en *Los duendes del Prado* unos versos de Rilke. “No se aprende el amor”, había escrito el poeta cuando joven. Pero en su madurez se rectificará a sí mismo: “¿Cómo sucedió? Consiguió aquello que en la escuela no pudo aprender: aprendió a amar.” Porque cuando la naturaleza del aprendiz ayuda, la vida puede otorgar al hombre *quod Salmantica non praestat*, y su naturaleza y su vida hicieron que el médico Rof haya sabido amar a la realidad y enseñar a amarla.

Ha contribuido así a la empresa de dar plenitud humana a las almas españolas. Frente al “realismo de los hechos tomados en crudo” que en el español castizo denunció Unamuno, frente a la escasa capacidad nuestra para la percepción de lo que a los ojos humanos es y tiene que ser claroscuro, *sfumato*, aura o matiz, Rof hace decir a uno de sus duendes: “Las cosas hermosas, las maravillas del mundo deben estar protegidas, ser jirones de niebla, esbozo, algo que sólo se presenta y nunca se ve. Bruma, brisa. Ese mundo infinitamente tangible de lo intangible.” “¿De la lejanía?”, le pregunta Rof. Porque el acceso a la verdad —añado yo— exige, desde luego, la cercanía y la arista; pero la cabal contemplación de la verdad pondrá siempre sobre la arista de lo cierto el aura incierta de lo sólo sospechado. Así supo enseñarlo Miguel Ángel con el genial *non finito* de la *Pietá Rondanini*. “Aún aprendo”, escribió el Goya ochentón y aragonés al pie de uno de sus dibujos; “Aún enseño”, podría haber añadido. Lo mis-

mo hubiera podido decir el Rof ochentón y gallego de *Los duendes del Prado*.

Quienes le tratábamos con cierta asiduidad pudimos advertir en él un creciente retraimiento hacia la soledad. Nada más difícil que moverle hacia una reunión social, aunque ésta fuese inequívocamente amistosa. Mas para hablar con acierto de la soledad de Rof es necesario saber lo que metafísicamente es la soledad del hombre, y distinguir en su realización psíquica y social dos bien distintos modos: la soledad del aislado y la soledad del conviviente.

Una brillante frase de Ortega resume en tres palabras lo esencial de cuanto sobre la metafísica de la persona humana se ha dicho desde la Edad Media: en sí misma, la persona humana es “soledad como sustancia”. Pero tan radical condición de nuestra existencia puede ser vivida de modo vicioso, el de quienes insolidariamente se aíslan, y de modo generoso, el de quienes solidariamente conviven. Esta es la soledad del creador, tanto la de Kant componiendo su *Crítica de la razón pura*, como la del alfarero cuando para la panza de sus orzas imagina una curva inédita. La soledad que en Miguel Ángel veía Condivi, su primer biógrafo: “*Non essendo egli mai men solo che quando era solo*”; la soledad que filosóficamente define un texto del Zubiri joven: “Quien se ha sentido radicalmente solo es quien tiene la capacidad de estar radicalmente acompañado. Al sentirme solo, me aparece la totalidad de cuanto hay, en tanto que me falta. En la verdadera soledad están los otros más presentes que nunca.”

Por haber estado en soledad con nosotros, y por habernos dado con su soledad y desde ella libros como los suyos, bien merece nuestra gratitud el solitario y conviviente Juan Rof. En nuestras sesiones solía sentarse frente a mí. Siempre que en ellas mire hacia delante, dentro de mí sentiré su pérdida.

PEDRO LAÍN ENTRALGO.